

ROMANCERO CABALLERESCO EN LA RIOJA

POR

LUIS HERNÁNDEZ TOBIAS

Un trabajo mío, *Más notas para un Romancero Religioso de la Rioja*, aparecido en esta Revista (1), destacaba la dificultad que existe para atribuir la paternidad a una determinada región sobre los romances de aquella clase.

Con una mayor—si cabe—tropezamos en los caballerescos y sólo, por ello, de nuevas formas típicas regionales se puede hablar. Sirva, pues, aquí esto para los que ofreceremos recogidos en distintos pueblos de la Rioja y que inauguran esta serie.

GERINELDO

1) — (Recitada esta forma en Villaverde de Rioja, por la anciana Hipólita Lozano. Tiene música).

Gerineldo, Gerineldo,
Gerineldito pulido,
Oh quién pudiera esta noche,
dormir tres horas contigo.
—Como soy vuestro criado
os queréis burlar, ¡Dios mío!
—Gerineldo, Gerineldo,
bien de veras te lo digo.
—¿A qué hora será mejor,
señora, lo prometido?
—Entre las doce y la una
que están mis padres dormidos.
—Han golpeadito la puerta...
¿cuál ha sido el atrevido?
—Gerineldo soy, señora,
que vengo a lo prometido.
Se encerraron en su cuarto
como mujer y marido;

tres horas duró la lucha
y se quedaron dormidos.
Se despierta Viartesa
que estaba muy bien dormido.
—O me gozan la princesa
o me roban el castillo.
Levántase con gran prisa
y al cuarto de su hija ha ido.
Ha encontrado a Gerineldo
que estaba muy bien dormido.
—En medio pongo la espada
que me sirva de testigo.
Con el miedo de la espada
Carmela se ha suspendido.
—Levántate Gerineldo,
que somos los dos perdidos;
que la espada de mi padre
entre los dos ha dormido.

(1) Número XIV, página 109.

— ¿Por dónde me iría yo
para no ser sorprendido?
—Vete por esos jardines,
por ahí hallarás auxilio.
Se ha encontrado a Viartesa
en la mitad del camino.
—¿Dónde vienes, Gerineldo,
tan triste y descolorido?
—Vengo de oler una rosa

que el color se me ha comido.
—No me niegues, Gerineldo,
que con mi hija has dormido;
antes eras mi criado
y ahora serás mi hijo.
—No lo quiera Dios del Cielo
ni la Virgen de la Estrella :
mujer que una vez gocé
no me casaré con ella.

2) — (Por ofrecer variantes muy notables, preferimos transcribir completa esta otra forma del mismo. Ha sido recogida en An-guiano y también tiene música).

—Gerineldo, Gerineldo,
Gerineldito pulido,
¡quién te pillara esta noche
dos o tres horas conmigo!
—No se burle usted, princesa,
de rodillas se lo pido.
—No me burlo, Gerineldo,
bien de veras te lo digo :
entrarás por el jardín
para no ser conocido.
A las nueve de la noche
dió el caballo un relinchido.
Se despierta Viartesa
que estaba muy bien dormido.
—O me gozan la princesa
o me roban el castillo.
Levántase Viartesa
y al cuarto de su hija ha ido;
ha encontrado a Gerineldo
que estaba muy bien dormido.
—Si es que mato a la princesa
tengo el castillo perdido
y si mato a Gerineldo
pierdo el paje más querido.
Ahí os dejo mi espada
«pa» que os sirva de testigo.
Se despertó la princesa
y a Gerineldo le dijo :

—¿ qué has hecho, mi Gerineldo,
qué has hecho que te has dormido
que la espada de mi padre
entre los dos ha dormido ?
Irás a darle los días,
como otros días has ido».
—Buenos días, Viartesa,
—Buenos días, paje mío,
¿De «onde» viene Gerineldo
tan triste y descolorido?
—Vengo de ver un rosal
que estaba muy bien florido;
con el olor de las rosas
los colores se me han ido.
—No es tan mala la respuesta
para tan joven el chico.
—Máteme usted Viartesa,
que lo tengo merecido.
—No te quiero matar, paje,
que te mate el Dios divino.
Si «hubiá» querido matarte,
buena ocasión he tenido.
Antes eras mi criado
y ahora serás mi hijo.
—No lo quiera Dios del Cielo
ni la Virgen de la Estrella,
que mujer que yo he gozado
no me casaré con ella.

Es éste de Gerineldo uno de los más antiguos romances y «uno de los mejores y más raros», según lo califica D. Agustín Durán. En el siglo XVI se daba ya por antiguo. Este es un romance de Gerineldos, el paje del rey nuevamente compuesto. «De éste difieren mucho las formas trascritas y sólo en el fondo

se parecen. Publicado en el siglo XVI en pliego suelto», comienza así:

— Gerineldo, Gerineldo,
el mi paje más querido,
quisiera hablarte esta noche
en este jardín sombrío.

Acude el paje y «tres vueltas da a su palacio y otras tantas al castillo: el calzado se quitó y del buen rey no es oído». Abundan, empero, en él versos de escaso sabor popular e imbuídos de gusto gongorista, tales como éstos:

El alba salfa apenas
a dar luz al campo amigo.

Sigue desarrollándose de un modo parecido al de los nuestros y nos ofrece después una segunda parte en la que se ordena «que prendan a Gerineldo—y que salga del castillo». Logra sin embargo escapar con la princesa «Enildas», así se llama aquí, y huyen a Tartaria, donde «una vida arreglada» ella «a su amante ha prometido».

Menos semejanzas aún ofrece otra forma publicada también en pliego suelto en el siglo XVI sobre el mismo tema y que lleva por título «Desesperaciones de amor».

EL CONDE DE LAS FLORES

3)

(Recogido en Ausejo)

—¿Por qué no te casas, hija,
o te intentas de casar?
¿Por qué no te casas hija,
si tu novio vivo está?
—¿Por qué no me caso, padre,
si mi novio vivo está?...
«Siete años por la tierra
y otros siete por el mar,
si a los catorce no vuelvo
tú ya te puedes casar».
Se vistió de peregrina,
para Barcelona va,
y al llegar a Barcelona
unos caballos vió allá.
—¿De quién son esos caballos
que tan bien vestidos van?

—Son del Conde de las Flores,
mañana se va a casar.
Siete vueltas por palacio
y otras siete más allá,
y al terminar las catorce
con él se vino a encontrar.
—¿Una limosnita, Conde,
una limosnita das?
Se ha echado mano a la bolsa
y un maravedí le da.
—¿Qué poca limosna, Conde,
qué poca limosna das?
qué poca limosna Conde
pa lo que solías dar.
—¿Quién es esta peregrina
que a mí me conoce ya?

—Soy de muy lejanas tierras
que V. no recordará.

—Mira esta hermosa joya
de este precioso collar,
a ver si por esta joya
tú me puedes recordar.
Se abrazaron, se besaron,
se volvieron a abrazar.

La novia que estaba enfrente
del balcón se iba a tirar.

—Si te tiras que te tires,
que poco « cuidau » me da;
son los primeros amores
que son tristes de olvidar;
son los primeros amores
con los que me he de casar.

4) (Otra variante nos ofrece como protagonista al Conde de Lombardía. Es más completa. — Recogido en Badarán)

EL CONDE DE LOMBARDÍA

El conde de Lombardía
dicen que se « quie » marchar.

—¿Dónde quieres ir, buen Conde,
donde te quieras marchar?

—A Francia, la mi señora,
a Francia que nada más.

—Me eche la bendición, padre,
la de Dios que « quio » marchar.

—La de Dios te caiga, hijo,
que la mía caída está.

Se ha puesto ropas de seda
y encima un verde sayal;

cien doblones en la bolsa
« pa » de ellos limosna dar.

Ha montado en su caballo
y ha empezado a caminar.

Ha andado siete leguas
sin (en) ellas nadie encontrar

y vió un paje que venía
con un caballo a bañar. (1)

—De quién es ese caballo
que vos traéis a bañar?

—Del Conde de Lombardía,
mañana se va a casar.

Ya han matado los carneros
ya han amasadito el pan.

—Por Dios te suplico, paje
y te vuelvo a suplicar
que me llesves al palacio

donde las bodas serán;
que las idas y venidas

yo te las podré pagar.
Ya lo llevo hasta la puerta,
y ella sin poder hablar.

—La romerita romera
mucho traerá que contar.

—No traigo nada, señora,
no traigo nada en verdad,
mas que el Conde (de) Lombardía
que marchó y no volvió más.

A esto que ha oído el buen Conde
desmayado en tierra está.

—Maldita sea la romera
y quien la trajo « pa » acá.

—No me maldiga, señora,
no me maldiga tan mal,
que el mal que el buen Conde tiene
yo se lo sabré curar.

Ni con agua ni con vino
no le pueden levantar,
palabras de la romera
lo han hecho del suelo alzar.

Lo ha cogido de la mano,
lo lleva por la ciudad.

Todos dicen a una voz:
Dios se lo deje gozar,
que los amores primeros
nunca se « puen » olvidar.

(1) Nótese la transición brusca por lo que pasa a referirse a la condesa. Falfarán versos.

5). — (Más completa aún es la forma que lleva por título el Conde D. Alejandro. Ha sido recogida en Alesanco).

Las Navidades se vienen,
maitines de Navidad
cuando el conde y la condesa
a misa de Gallo van.
— Por siete años, mi esposita,
por siete años que no más;
si a los siete no volviera,
esposa, te « pues » casar.
Los siete años se pasaron
y el buen Conde allá se está.
Un día al salir de misa
su padre le fué a hablar.
¿ Cómo no te casas hija,
o te intentas de casar ?
— ¿ Cómo quieres que me case,
o me intente de casar,
si el Conde D. Alejandro
me han dicho que vivo está ?
Que es lo que tengo pensado
al Conde ir a buscar;
vestidita de romera
nadie me conocerá.
— Ponte, hija, una joyita
que diga « Villa y Ciudad »
y un palito en esas manos
para poder caminar.
Guardias lleva por delante,
guardias lleva por atrás
y, a la salida de un monte,
entraba en un carrascal.
Vió salir a unos caballos
que salen a apacentar.
— ¿ De quién son esos caballos
que tan bien vestidos van ?
— Del Conde D. Alejandro,
mañana se va a casar.
Ya le asaban las gallinas,
ya le cocían el pan.
— Por Dios te ruego, buen paje,
que me lleves donde está.
— Yo no puedo, mi señora,
los caballos se me irán.
— Si los caballos se fuesen,

de mi cuenta correrán.
La ha montado en un caballo
y la ha puesto en el umbral.
La romerita, resuelta,
ha subido sin llamar.
¿ Limosna me das, buen Conde,
limosna me puedes dar ?
Se ha echado mano a la bolsa
y le ha sacadito un real.
— ¿ Qué poca limosna es ésta
« pa » la que solías dar.
— ¿ Pues qué sabe la romera
la que yo solía dar ?
Pues vengo de Lombardía
y voy a cruzar el mar.
Al decirle estas palabras,
una carta le fué a dar,
y, sin rematar de leerla,
desmayado cae « pa » atrás.
— Maldita sea la romera
y quien la ha traído acá.
— No me maldigan, señores,
no me maldigan tan mal,
que el mal que el buen Conde tiene
yo se lo sabré curar.
Al volver el Conde en sí
a la Condesa fué a hablar.
— Para ser tú mi esposita,
¿ qué señales me darás ?
— ¿ Te acuerdas de esta joyita
que me diste « pa » casar ?
¿ Te acuerdas de esta joyita
que te costó una ciudad ?
A otro día yendo a misa,
la otra en la puerta está :
— ¿ Quién es esa romerita,
que con Alejandro va ?
— Esa es su mujer primera
que le ha venido a buscar.
— Malditos sean los hombres
que de ellos no hay que fiar;
en « estan » de nueve meses
y ahora me va a dejar.

LA HERMANA CAUTIVA

6) — (Lo oímos contar a un grupo de niñas en Pedroso).

La tarde de los torneos
pasé por la morería
y oí cantar a una mora
al pie de una fuente fría.

Apártate, mora bella,
apártate, mora linda,
que va a beber mi caballo
de esa fuente cristalina.
—No soy bella, caballero;
ni soy bella ni soy linda;
y mucho menos soy mora,
sino cristiana cautiva;
me cautivaron los moros
en los riscos de Melilla.
—Si quieres venir conmigo
sube a la caballería.
—Y mi ropa, caballero,
¿dónde yo la llevaría?
—La de seda y la de Holanda

aquí en la caballería
y la que no vale nada
el agua se encargaría.

Al pasar un monte oscuro
la morita suspiraba.
—¿Por qué suspiras, morita,
por qué suspiras, salada?
—Suspiro porque suspiro,
que tengo de suspirar;
porque recuerdo a mi padre
que aquí venía a cazar
con mi hermanito Alejandro
y mi hermanita María;
yo, como era pequeñita,
¡qué compañía le hacía!
—Abrame las puertas, madre,
ventanas y celosías,
porque aquí traigo una mora
parecida a mi hermanita.

EL MISMO

(Lo oímos contar a un grupo de niñas de Villaverde de Rioja.
Aventaja al anterior en la uniformidad de asonancia).

La tarde de los torneos
pasé por la morería
y vi cantar a una mora
al pie de una fuente fría.
—Apártate, mora bella,
apártate, mora linda,
que va a beber mi caballo
de esas aguas cristalinas.
—No soy mora, caballero,
que soy cristiana cautiva;
me cautivaron los moros
en los riscos de Melilla.
—Si quieres venir conmigo
monta en la caballería.
—¿Y mi ropa, caballero,
dónde yo la llevaría?
—La de seda y la de Holanda
aquí en la caballería
y la que no valga nada
encima del agua iría.

Ya la montó en el caballo,
por el camino corrían.

Cuando entraban en España
la morita se reía.
—Por qué te ríes mi mora,
por qué te ríes morita?
Si te ríes del caballo
o te ríes del que guía?
—No me río del caballo
ni tampoco del que guía,
que me río de esta Patria
que también es Patria mía.
—¿Cómo se llama tu padre?
—Mi padre se llama Elías,
y un hermano que yo tengo
se llama José María.
—Abrame las puertas, madre,
ventanas y celosías,
que en vez de traer a una mora
traigo a una hermana cautiva.

Otra forma del mismo termina así :

que te traigo aquella imagen
que llorabas noche y día.

DON FERNANDITO

8) — (Ha sido recogido en Matute. Tiene música).

Estando Don Fernandito
a la orillita del mar,
mientras su caballo come
él canta un dulce cantar.
Y la reina que le oye
a su hija manda llamar.
—Mira, hija, como canta
la sirenita del mar.
—No es la sirenita, madre,
ni tampoco el sirenal,
que es el Conde Don Fernando
con quien yo me he de casar.
—Si te vas a casar, hija,
te mandaremos matar.

A la mañana siguiente
ya la llevan a enterrar.
A ella, como hija de reina,
la entierran en un altar
y a él, como hijo de Conde,
dos pasitos más acá.

La reina cuando iba a misa
no la dejaban entrar
porque allí estaba su hija
y pena le había de dar.

En medio de las dos tumbas
ha nacido un manantial
donde los cojos y ciegos
se venían a curar.

La reina, como era ciega,
allí se iba a curar.

Mientras la reina se cura,
se ha secado el manantial.

—Late, late, fuentecita
que yo me venga a curar.

—Cuando yo era jovencita
me mandaste degollar;
ahora que soy fuentecita
agua no te quiero dar.

EL CONDE OLINOS

9) — (Variante recogida en Baños de Río Tobía)

Madrugaba el Conde Olinos
mañanita de San Juan
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar

Mientras el caballo bebe
él canta un dulce cantar.
Las aves que iban volando
se paraban a escuchar,
los peces que andan al fondo
arriba los hace andar (1).
Desde la torre más alta,
la reina escuchado lo ha.
—Mira, hija, como canta
la sirena de la mar.

—No es la sirenita, madre,
que ella tiene otro cantar,
que es la voz del Conde Olinos
que por mí penando está.
—Si es verdad lo que me dices,
yo le mandaré matar.

Más guardias mandó la Reina
al Conde Olinos matar;
que lo maten a lanzadas
y echen su cuerpo a la mar.
A las cuatro de la tarde
(el) Conde Olinos muerto está
y a las cinco la princesa
enferma de gravedad.

(1) Versos idénticos hay en el de *El Conde Arnaldos*, del romancero español.

A ella, por hija de reina,
la entierran en un altar;
y a él, por ser hijo de Conde,
un poquito más atrás.
Al poco tiempo en la tumba
nació un verde naranjal
donde los ciegos y tuertos
allí se iban a curar.
Al poco tiempo la reina

de un ojo vino a enfermar.
—Si me curas, naranjito,
yo te mandaré cuidar,
y, si tu no me curases,
yo te mandaré cortar.
—Si te curo yo de un ojo
ciega de los dos saldrás
porque a dos enamorados
no los dejaste casar.

10)

ROMANCE DE GUERRA

Mes de abril y mes de mayo
libres de la primavera
cuando todos los soldados
se van juntos a la guerra.
Unos cantan y otros ríen
y otros toquen la vihuela,
menos un pobre soldado
que está lleno de tristeza.
Le pregunta el capitán:
dime por que pasas pena;

si es por padre, o es por madre,
o es por temor a la guerra.
—Ni es por padre, ni es por madre,
ni es por temor a la guerra;
el día que me casé
cayó mi mujer enferma.
—Coje tu caballo y vete,
y vete para tu tierra,
que por un soldado menos
igual se gana la guerra.

Este romance bien podía terminar aquí. Como continuación del mismo nos dieron lo que sigue.

Ha cogido su caballo
y ha empezado a caminar,
y en medio del caminito
se ha parado a descansar.
Al entrar en su aposento
yo le vi que se moría:
me dijo que me acercara,
que hablar conmigo quería;
y me dijo estas palabras
con triste y amargo llanto:
yá que no pueda ser tuya
llevarme hasta el camposanto.
En mis brazos se murió;
yo mismo la puse el velo;

y en mis brazos la cogí,
la llevé hasta el cementerio.
La llevé hasta el Camposanto
y regué la sepultura
con lágrimas de mi llanto.
Al echar el cuerpo a tierra
el pañuelo le arrojé
porque no cayera tierra
a los labios que besé.
Yo no quiero más mujeres,
que se me ha ido la ilusión,
y el nombre de mi morena
lo llevo en el corazón.

Algunas coplas de esta segunda parte figuran en cantares a la muerte de Doña Mercedes de Orleans, mujer de Alfonso XII.